

A 50 años del triunfo de la Unidad Popular y el nuevo ciclo de protestas sociales en Chile

Manuel Gárate Château

Una de las frases más recordadas del último discurso de Salvador Allende aquel 11 de septiembre de 1973, mientras los aviones Hawker Hunter bombardeaban el Palacio de La Moneda, fue: “Sigán ustedes sabiendo que, mucho más temprano que tarde, de nuevo se abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre libre, para construir una sociedad mejor”. Estas palabras dichas durante las últimas horas de vida de Allende comenzaron a resurgir con fuerza en las calles tras los sucesos del 18 de octubre de 2019, como si sus ecos sonoros tuviesen algo de premonitorios. Una semana después cerca de 2 millones de personas se manifestaron en las calles del país y cerca de 1 millón 200 mil lo hizo masivamente en la Alameda, la principal avenida de Santiago de Chile. Hoy, a 50 años del triunfo de la Unidad Popular en las elecciones de 1970, los recuerdos de la Unidad Popular no han desaparecido del imaginario político chileno, e incluso más, se han resignificado como una protesta general contra los pilares del modelo económico instaurado por la dictadura militar de Pinochet, y en buena parte continuado y reformado por los gobiernos democráticos de la Concertación.

Sin embargo, desde el punto de histórico surge la siguiente pregunta: ¿cómo es posible que una experiencia histórica propia de la Guerra Fría y en un contexto tan distinto al actual, todavía siga haciendo eco en generaciones que nacieron mucho después de la fin de la Unidad Popular? La cuestión no debiera responderse desde una lógica únicamente política, económica o estrictamente historiográfica, sino que fundamentalmente a partir de la pervivencia de una memoria histórica y popular que se resiste a desaparecer, y que reinterpreta el presente a la luz de nuevas demandas y movimientos sociales surgidos a partir de 2010.

El día 4 de septiembre de 2020 se conmemoraron los 50 años de la victoria electoral de Salvador Allende en medio de un particular contexto marcado por la pandemia de Covid-19 y la efervescencia social heredada de los acontecimientos del año anterior. Todo esto en un contexto de “toques de queda” (*Couvre Feu*) en todo el país y de un fuerte control sobre el desplazamiento de las personas y su expresión en el espacio público. La mayor parte de las conmemoraciones y actos públicos en recuerdo de aquel 4 de septiembre de 1970, fueron suspendido en razón de los posibles efectos de las aglomeraciones en la expansión del coronavirus. Sin embargo, en las redes sociales y decenas de foros y reuniones espontáneas se hizo alusión a una de las experiencias históricas de transformación social más recordadas de la agitada historia del siglo XX.

La Unidad Popular se había constituido en 1969 como una coalición de izquierda cuyo objetivo era ganar las elecciones de 1970 y derrotar tanto al candidato de la derecha, un anciano Jorge Alessandri, como al candidato demócrata cristiano, Radomiro Tomic; este último, si bien prometía reformas sociales profundas, seguía la línea de lo ya realizado por Eduardo Frei Montalva desde 1964. En la coalición de izquierda (UP) participaban desde el Partido Comunista de Chile (PCCh) hasta sectores socialcristianos y grupos más radicalizados como el Partido Socialista y el MAPU. A fines de la década de 1960 el espectro político chileno estaba dividido en lo que se denominaba los “tres tercios”. Un tercio representaba

a la derecha tradicional (liberales, conservadores y nacionalistas) a través del Partido Nacional; el otro tercio correspondía al centro (la Democracia Cristiana, DC), y finalmente el tercio de la izquierda, formado por los partidos de la Unidad Popular, además de algunos grupos de la izquierda más radical como el MIR. Este esquema político de “tres tercios” había tomado forma desde la segunda década del siglo XX y se había consolidado tras las elecciones de 1958. Sin embargo, la influencia de la Revolución Cubana (1959), la intervención política y militar de Estados Unidos en varios países de la región, y los cambios sufridos al interior de la Iglesia Católica a causa del Concilio Vaticano II, hicieron que una parte importante de los sectores populares y de la juventud se volcara hacia proyectos de transformación radical o revolucionaria de sus países. Chile no quedó exento de este fenómeno y fue así como las fuerzas de izquierda estuvieron cerca de ganar las elecciones presidenciales en 1958 y 1964 con Salvador Allende como candidato. En esta última sólo el voto masivo de la derecha por Frei, renunciando a su propio candidato, le permitió evitar el triunfo de Salvador Allende. Hay que recordar que hasta 1973 el sistema político chileno (en el contexto de la Constitución de 1925), estipulaba una sola vuelta electoral para la elección de Presidente de la República y la confirmación del candidato ganador (mayoría simple) por el Congreso Nacional.

La oportunidad para las fuerzas de izquierda de acceder al poder en 1970 se veía más cercana que nunca debido a la distancia que había entre la derecha y la DC, especialmente esta última que había votado sin convicción por Frei en 1964 sólo para evitar el triunfo de Allende. En 1970 la derecha también estaba convencida que podía ganar las elecciones por sí sola y esto también aumentaba las posibilidades para la UP. Si bien la coalición de izquierda pudo haber optado por el reconocido poeta y militante comunista Pablo Neruda como su candidato presidencial, la astucia y la experiencia de Salvador Allende se impusieron para encabezar nuevamente a la izquierda en las elecciones de septiembre de 1970.

Resulta importante recordar que, desde 1967, el país vivía un periodo de agitación política, que se tradujo en huelgas laborales, movimientos estudiantiles, protestas sociales en las “poblaciones” (*bidonvilles*), y agitación en el mundo militar. El gobierno de Eduardo Frei Montalva, a pesar de sus importantes reformas sociales y relativamente buenas cifras económicas, estuvo sometido a grandes presiones debido a un contexto donde las luchas revolucionarias aparecían como más exitosas que la vía reformista de la Democracia Cristiana. Incluso al interior del propio demócratacristiano partido se dieron luchas internas y divisiones importantes respecto de la profundidad y velocidad de los cambios sociales demandados por una buena parte de los chilenos.

Es importante entender este contexto para explicar cómo se produjo el ajustado triunfo de la Unidad Popular y de Salvador Allende aquella noche del 4 de septiembre de 1970. El mundo entero observaba como, por primera vez, un proyecto de cambios radicales y un candidato que se definía como marxista llegaban ganando elecciones libres y prometiendo un camino de transición al socialismo por la vía constitucional. Esto era realmente algo inédito, y para las fuerzas de izquierda y socialdemócratas del mundo el experimento de la Unidad Popular generó mucha atención y expectación. Hay que recordar que en aquel momento comenzaba a tomar forma el eurocomunismo, que se alejaba del modelo soviético, especialmente tras la represión de la Primavera de Praga de 1968. En países como Francia,

el proyecto de “*Union de la gauche*”, liderado por François Mitterrand, a partir de 1972, también tuvo como referente a la Unidad Popular en vista de unir a partidos marxistas y socialdemócratas en una sola coalición. Pero también hay que recordar que en el contexto latinoamericano tanto las experiencias de Frei Montalva, como la Unidad Popular, también representaban modelos alternativos a la vía insurreccional inaugurada por la Revolución Cubana. Esta tensión entre reforma y revolución también se daba al interior de la Unidad Popular entre quienes sostenían que se debía defender el proceso de cambios por las armas y así acelerarlo (PS, MIR, MAPU), y quienes preferían la vía reformista y gradual (PCCh, PR). Fue así como el gobierno Allende asumió el poder en noviembre de 1970 con esta tensión insoluble, que se mantuvo hasta el último día de su gobierno.

Pero el camino a la confirmación del triunfo electoral por el Congreso Nacional a fines de septiembre de 1970, no estuvo exento de enormes dificultades. La tradición electoral decía que el candidato que hubiese ganado aunque fuese por un voto debía ser ratificado por el Congreso Nacional (donde la UP no tenía mayoría). Sin embargo la DC exigió un estatuto de garantías constitucionales a Allende para evitar que se sobrepasara la Constitución durante su gobierno. Mientras se realizaban estas negociaciones, un sector de extrema derecha conspiró para secuestrar al Comandante en Jefe del Ejército, general René Schneider, contando con el apoyo de la CIA, y así evitar la ratificación de Allende. La acción terminó con el asesinato de Schneider y la condena general de todos los sectores políticos. Finalmente Salvador Allende fue ratificado por el Congreso Nacional y asumió el poder en noviembre de 1970. Pero estos acontecimientos dan cuenta del grado de rechazo que generaba la UP en un sector importante de la derecha y la desconfianza que había en la DC respecto de la coalición de izquierda. El problema de fondo era que un gobierno que había ganado por una mayoría estrecha (un tercio) no tenía suficiente apoyo político como para llevar a cabo cambios radicales en un país tan polarizado políticamente. La imposibilidad de contar con el respaldo del centro político fue una de las principales causas que originaron los problemas que enfrentó Allende durante su gobierno. Tampoco debe olvidarse que tanto actores internos como externos apostaban y actuaron en contra del nuevo gobierno apenas éste fue elegido¹.

Si bien el primer año de gobierno de la Unidad Popular tuvo un desempeño económico bueno, gran parte de ello se debió al aumento del gasto público y a la emisión de dinero por parte del Banco Central. Esto repercutió rápidamente en el aumento de la inflación y de la demanda por todo tipo de bienes. Pero al mismo tiempo los créditos internacionales se cerraron para el país producto del veto norteamericano como represalia a la nacionalización de las principales empresas productoras de cobre de Chile (ambas de capitales estadounidenses: Anaconda Copper Mining y Kennecott Copper Co.). Esto produjo rápidamente una escasez de dólares en el país, lo que hacía imposible cubrir la demanda interna con importaciones. De esta manera la economía chilena entró en una espiral crítica de inflación, falta de insumos y carestía. Al mismo tiempo, el gobierno de la UP tenía un plan de estatización de empresas que fue rechazado por el empresariado y generó aún más problemas en la producción de insumos básicos. El plan del Ministro de Economía, Pedro Vuskovic, orientado a socializar

¹ M. González, *La Conjura. Los mil y un días del Golpe*, Santiago, Catalonia, 2013.

la producción, incluía la creación de tres áreas de propiedad: estatal, mixta y privada, lo cual de inmediato generó problemas con el sector privado y especialmente con la banca, cuya estatización completa era parte del programa. Una de las principales consecuencias de la crisis económica, que ya se notaba a fines de 1971, fue el aumento explosivo de los precios y el surgimiento del mercado negro, que la población recuerda por las largas filas (colas) que las personas hacían en las calles para obtener todo tipo de productos básicos.

La larga visita de Fidel Castro a Chile entre noviembre y diciembre de 1971 tampoco ayudó al gobierno de la Unidad Popular, pues mientras Allende defendía ante el mundo su vía democrática al socialismo, Castro insistía en que el proceso revolucionario sólo podría defenderse por la armas y enfrentado a lo que él denominaba el “imperialismo y a sus aliados internos”. Esto también generó divisiones al interior de la Unidad Popular entre quienes defendía una política de alianzas, de compromiso y de reformas graduales (PCCh y Radicales), frente a los que llamaban abiertamente a la lucha armada siguiendo el modelo cubano (MIR, MAPU y parte del Partido Socialista)². En definitiva, tanto en el plano nacional como internacional, Allende y su gobierno se estaban quedando aislados. Para los cubanos el experimento chileno estaba destinado al fracaso pues no podía consolidarse sin la toma del poder y la derrota de las fuerzas opositoras. Por otro lado, la Unión Soviética no estaba dispuesta a sostener económicamente a otra Cuba, y menos a una experiencia de socialismo que parecía romper con la ortodoxia marxista clásica³. Recordemos que en aquellos años la URSS defendía una política internacional de “coexistencia pacífica” con Estados Unidos y no quería tener otro frente de conflicto en Latinoamérica. Por el lado de las potencias occidentales, la Unidad Popular era vista como una experiencia interesante, pero ningún gobierno de Europa occidental apoyaría a un gobierno al cual Estados Unidos se había propuesto asfixiar, según las propias palabras de Richard Nixon.

El paro de los dueños de camiones de octubre de 1972, apoyado además por un financiamiento norteamericano, fue la gota que rebalsó el vaso y agudizó aún más la alienación de los grupos medios y la crisis económica que el mismo gobierno había desencadenado⁴. Esto último obligó a Salvador Allende a convocar a los militares dentro del gabinete ministerial con el objeto de controlar la situación de orden interno y evitar cualquier intento de sedición. Pero la jugada resultó contraproducente y generó aún más divisiones al interior de las fuerzas armadas. En un ambiente de agitación social y enfrentamiento callejero, se veían pocas esperanzas de una salida pacífica al conflicto. Lo peor que se temía era una Guerra Civil y lo menos un Golpe de Estado. Aun así, la Unidad Popular obtuvo un importante 44% de apoyo en las elecciones parlamentarias de marzo de 1973, lo que convenció a una parte de la oposición de que la vía electoral estaba agotada y que el gobierno de Allende debía ser derrocado pasando incluso por encima de la Constitución de 1925. Fue así como el 29 de junio del mismo año hubo una intentona de *putsch* militar, abortada rápidamente por las

² Á. Rolando, *Forjando la vía chilena al socialismo. El partido comunista de Chile en la disputa por la democracia y los movimientos sociales (1931-1970)*. Santiago. América en movimiento, 2020.

³ R. Pedemonte, *Guerra por las Ideas en América Latina, 1959-1973. Presencia soviética en Cuba y Chile*,. Santiago, Ediciones UAH, 2020.

⁴ A. Sepúlveda, *La unidad Popular. Los mil días de Salvador Allende y la vía chilena al socialismo*, Santiago, Sudamericana, 2020.

fuerzas armadas, pero ello permitió medir la débil capacidad de reacción y de defensa del gobierno por parte de las fuerzas y partidos políticos leales a la UP.

El 11 de septiembre de 1973 fue entonces el corolario de una crisis que había comenzado el día mismo del triunfo de Allende, pues tanto para sus opositores internos y externos, el mayor peligro de la Unidad Popular no era tanto la existencia, sino más bien la posibilidad de que se constituyera una alternativa internacional de la transición al socialismo sin una revolución armada. Esta idea, además de la violencia del Golpe de Estado y la represión posterior, hicieron de la dictadura militar encabezada por Augusto Pinochet, un régimen rechazado internacionalmente y condenado en numerosas ocasiones por la ONU.

Por último, lo que terminó el en septiembre de 1973 no fue sólo el experimento de la Unidad Popular, sino que la construcción de un Estado Social (benefactor) que había comenzado a mediados de la década de 1920, paradójicamente también con un movimiento militar, y que poco a poco había ido incorporando a distintos grupos a la participación democrática activa (mujeres, pobladores, trabajadores, etc.). La revolución capitalista llevada a cabo por los economistas formados en Chicago durante la dictadura militar, dio nacimiento a un nuevo Chile muy distinto al anterior⁵.

Hoy en día, cuando las imágenes, frases e incluso canciones de “La vía chilena al socialismo” resuenan en las movilizaciones y protestas actuales, y aunque la situación es muy distinta a la de 1970, la promesa de Allende de una sociedad más justa e igualitaria sigue resonando en un Chile que creció y se modernizó en los últimos 30 años, pero a costa de una segregación social y una anomia extremas.

⁵ M. Gárate, *La revolución Capitalista de Chile. 1973-2003*, Santiago, Ediciones UAH, 2012.

Para citar este capítulo: Manuel Gárate Château, « A 50 años del triunfo de la Unidad Popular y el nuevo ciclo de protestas sociales en Chile », in O. Dabène (dir.), *América latina. El año político 2020/Les Etudes du CERI*, n° 252-253, Enero 2021 [en línea, www.sciencespo.fr/ceri/fr/papier/etude].